

1º de marzo 2007

Postal de Andorra

Wesley Trobaugh



Una semana en un país no es suficiente para llegar a conclusiones, pero con un par de días más, podía haber hecho un análisis en profundidad sobre uno de los países más pequeños del mundo.

Yo no esquí. Sí no esquías en Andorra, cualquier día de invierno tienes el país entero para ti. El sábado, mi plan era ver La Massana y sus alrededores. Maggy, mi perro (bueno, es hembra pero “mi perra” suena un poco mal), y yo salimos del hotel a las 9 y media, abandonados por nuestros queridos esquiadores. Para las 10, ya habíamos visto el pueblo y tomado un *salado Vichy Catalan*. ¿Ahora qué? Fuimos a comprar *llonganissa* y *bull*. Anduvimos hasta los extremos del pueblo, hasta sitios en los que creo que no debíamos andar, buscando algún tesoro arquitectónico escondido. No encontramos nada.

En mi plano, vi un barrio en el monte que estaba detrás y encima del hotel, El Pui. Decidí subir ese monte con Maggy, a su pesar, y ver la iglesia

marcada tan claramente en el plano. Llegamos a un conjunto de casas y, suponiendo que éste era el barrio marcado en el plano, buscamos una iglesia. Dimos varias vueltas, yo totalmente confundido y Maggy cada vez más mosqueada, hasta que por fin vimos la campana. Era una pequeña campana encima de un edificio diminuto que yo había tomado por cobertizo. Miré por la ventana y dentro de ese templo en miniatura, había un altar. Efectivamente, ésta era mi iglesia. Misión cumplida, bajamos. Eran las 12.

Para mi excursión de mediodía a Pal, atractivísimo pueblo, según andorra.ad, decidí dejar a Maggy y coger el bus de la una y media a Pal. El plan era ver el pueblo, comer algo y coger el autobús de las 3 y media para bajar otra vez a La Massana. Perfecto. O hubiera sido perfecto... Pal es el sueño del amante de lo románico. Un sueño de diez minutos. Estaba solo. Tenía dos horas. En Pal vi a una persona y un gato. La Plaça Major tenía un garaje y un grifo haciendo de fuente. Xixerella estaba a dos kilómetros. En vez de esperar dos horas en Pal, decidí andar. Pasé por delante de un restaurante pero me daba vergüenza comer solo. Dios, qué tonto fui. Empecé a bajar por la carretera y justo cuando estaba demasiado lejos para volver y aún lejos del siguiente pueblo, empezó a llover. Los coches me adelantaban a toda pastilla, sus pasajeros riéndose, seguro, mientras yo me calaba. Cuando por fin llegué a Xixerella, ya no me daba vergüenza y estaba dispuesto a ir a cualquier sitio, pagar cualquier precio, comer cualquier cosa, con tal de que pudiera sentarme y secarme. Afortunadamente, había un restaurante y allí me quedé a comer (*una taula per a un...*) y esperé hasta las 3 y media para coger el autobús.

Llegué ileso a La Massana, mojado, pero ileso. La tarde y el día siguiente los pasamos en Andorra La Vella, donde por lo menos sabía que no estaría solo en mitad de la montaña. Sitios pendientes: Ordino, Sant Julià de Lòria, Meritxell...